



RECOGIENDO DEL AIRE UNA VOZ...

Rompiendo un silencio de varios años—«La destrucción o el amor», 1935—, Vicente Aleixandre ha entregado a las librerías una nueva obra: «Sombra del Paraíso», pulcra y bellamente publicada por ediciones Adán, e inauguradora de la colección «La creación literaria».

En esta hora poética española de tono menor, suavidad y dulzura, de contención dentro de los moldes métricos isosilábicos, emerge ambiciosa, la arrolladora pasión de un poeta universal, cara a la creación, en ademán cósmico y demiúrgico, torrente de luz y fuerza que se desborda a través del verso libre, fiel a la tradición anasilábica de nuestra poesía.

Un curioso fenómeno ha suscitado la aparición de este libro. Un sector de lectores y críticos ciegos para el Aleixandre de obras anteriores, acoge gozoso la nueva senda que aquí inicia Vicente. «Sombra del Paraíso» ha abierto un mundo poético a la intuición—¿se comprende en poesía?— de todas las sensibilidades. Ha sido reconocida como el más alto grito lírico de nuestros días, como el mensaje más denso y maduro enviado desde el reino misterioso de las sombras donde habitan las sagradas formas de la Poesía. En el reverso de esta estampa se encuentran algunos fervidos devotos de «La destrucción o el amor» a quienes «Sombra del Paraíso» ha revelado un Vicente distinto, inesperado. Anhelaban, quizá, una acentuación del verbo familiar, del que se consideraban portavoces y exégetas. Eran sacerdotes de una forma que, a los demás—masa y vulgo—, parecía hermética, críptica. (No quiero significar con esto incomprensión o depreciación de los

modos anteriores de Aleixandre, ya que creo en una unidad fundamental y básica de toda su obra. Algo así como un gigantesco y tremendo poema musical en claves distintas). Y ahora es inútil su culto porque ha bastado la palabra mágica del Maestro para que los dormidos despierten a la luz y a la gracia inocente y virginal de un mundo primigenio. Es la explicación lógica y psicológica del desencanto, de los pequeños y expresivos peros con que acogieran la nueva anunciación.

«Sombra del Paraíso» no es un poema religioso, ni melancólica nostalgia de un edén perdido, aunque fuese lícito deducirlo del título. No hace referencia a nuestros primeros padres, ni a la manzana tentadora. Vicente Aleixandre evoca un cosmos entrevisto en su soñación poética y en el cual conoció la «generosa luz de la inocencia», escuchó «la música de los ríos» ignorantes de «su efímero destino transparente» y vio sorprendido nacer «cada mañana los pájaros... celestes». No había culpa, ni pecado. Todo era limpio y nítido en aquella primera mañana de la creación. Por eso

La melancólica inclinación de los montes
No significaba el arrepentimiento terreno
ante la inevitable mutación de las horas:
era más bien la tersura, la mórbida superficie del mundo
que ofrecía su curva como un seno hechizado.

(Criaturas en la aurora, págs. 18-19.)

Todas las criaturas eran puras e invioladas y el poeta las amó, entregándose a ellas ya para siempre.

Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales
de un mundo virginal que diariamente se repetía
cuando la vida sonaba en las gargantas felices
de a las aves, los ríos, los aires y los hombres.

(Id., pág. 21.)

El tiempo se ha detenido para Vicente en aquel instante auroral y él permanece joven, eternamente joven, como un semi-dios de la Mitología. A su alrededor las cosas sufren y las criaturas envejecen, perdiendo la frescura primera. Hoy solo son sombras, espectros. Toda la teoría de esta obra aleixandriana parece remontarse a la alegoría de la caverna, donde Platón plasmó gráficamente su concepción de las ideas y de los seres. Quede señalado, tan solo apuntado, este acto platonismo deliberado o inconsciente:

¿Qué sonrío en la sombra sin muros que ensordece
mi corazón? ¿Qué soledad levanta
sus torturados brazos sin luna y grita herida
a la noche? ¿Quién canta sordamente en las ramas?

Pájaros no: memoria de pájaros. Sois eco,
sólo eco, pluma vil, turbia escoria, muerta materia sorda
aquí en mis manos. Besar una ceniza
no es besar el amor. Morder una seca rama
no es poner estos labios brillantes sobre un seno
cuya turgencia tibia de lumbre a estos marfiles
rutilantes. ¡El sol, el sol deslumbra!

(La verdad, págs. 53-54.)

El marchitamiento, la pérdida de la belleza hace gemir a este semi-dios solitario que agota, una tras otra, las ácidas delicias de estrenar cada mañana las nacientes brisas y cuyo pié se lastima posándose sobre hierbas holladas. Han aparecido los hombres, seres crueles que no saben del valor del rocío sobre las flores, ni rinden culto a la lluvia, a las fuerzas primeras, a los inmortales elementos. Hombres que acezan fatigosos, con nostalgia de verdad tan solo presentida y fatalmente engañados por las sombras de las formas verdaderas

Mira a los hombres, perseguidos no por tus aves,
no por el cántico de que el humano olvidose por siempre

dice al río. (Pág. 33). Esos mortales le privan del contacto con la verdadera esencia y en su lugar ve

...las vagas telas que los hombres ofrecen,
máscaras que no lloran sobre las ciudades cansadas,
mientras siente lejana la música de los sueños
en que escapan las flautas de la primavera apagándose.

(Primavera en la tierra, pág. 75.)

Hay una agonía del recuerdo. Asido convulsivamente a él impreca al hombre; así en el poema «El fuego» (de una serie denominada «Los inmortales» que integran «La lluvia», «El Sol», «La Palabra», «La Tierra», «El fuego», «El aire» y «El mar», elementos constitutivos de la creación) leemos:

¿Y el hombre? Nunca. Libre
todavía de ti,
humano, está ese fuego,

y remata el poema con un grito desgarrador y terrible, un grito de intuición poética poderosísima: ¡Humano; nunca nazcas!

Todos los poetas cósmicos han de definirse frente al universo. Aleixandre no se hurta a esta ley general y se adhiere a la naturaleza por una constante amorosa. Pero el amor no es en él una actitud franciscana de hermandad hacia las criaturas, sino que las ama con afán de hermosura. Allí donde comienza a perderse el horizonte de la belleza, allí termina el amor, nacido de la alegría y el

placer, no de la bondad, ni de la jerarquización en un orden teológico. Es innecesario advertir que la comprensión del término belleza no se somete al concepto vulgar; hasta la muerte puede subyugarnos con su hermosa pujanza («Muerte en el Paraíso», págs. 117-119), en especial aquí, en este Paraíso, donde un nimbo eucarístico aureola las cosas y los hechos. Nimbo que aparece siempre, aún en aquellos poemas de tristeza y desesperanza; recordemos el final de uno de los más intensos: «Destino trágico»:

Yo os vi agitar los brazos. Un viento huracanado
movió vuestros vestidos iluminados por el poniente trágico.
Vi vuestra cabellera alzarse traspasada de luces,
y desde lo alto de una roca instantánea
presenció vuestro cuerpo hendir los aires
y caer espumante en los senos del agua;
vi dos brazos largos surtir de la negra presencia
y vi vuestra blancura, oí el último grito,
cubierto rápidamente por los trinos alegres de los ruseñores del fondo.

(Pág. 26.)

La manera de amar es, pues, pagana: alegre y gozadora. Sin embargo, veinte siglos de cristianismo han dejado una imprenta indeleble en las almas y ni al poeta es posible ya la jocunda vitalidad del griego antiguo. Ha de confesar:

...sentí tristeza, tristeza del amor; amor es triste.

(Nacimiento del amor, pág. 36.)

Este amor telúrico de Vicente nos envía un libro
con ademán de selva,
pero donde de repente una gota fresquísima de rocío brilla sobre una rosa
o se ve batir el deseo del mundo,
la tristeza que como párpado doloroso
cierra el poniente y oculta el sol como lágrima oscurecida,
mientras la inmensa frente fatigada
siente un beso sin luz, un beso largo,
unas palabras mudas que habla al mundo finando.

El amor a la Naturaleza pide confundirse con ella, identificarse en un acto de confusión gloriosa y mirar

...a la luz cara a cara, apoyada la cabeza en la roca,
mientras tus pies remotísimos sienten el beso postrero del poniente
y tus manos alzadas tocan dulce la luna,
y tu cabellera colgante deja estela en los astros.

(El Poeta, pág. 14.)

La técnica de «Sombra del Paraíso» es un debelar recuerdos, vivencias que han sido incorporadas a la vida interior del poeta. Estilísticamente esto se traduce en el predominio del pretérito imperfecto de indicativo, que no hace referencia a un tiempo preciso y matemático, dejando la vaguedad misteriosa del recreo poético sin concreción cronológica. También abunda, aunque en menor cantidad, el pretérito indefinido. Hay una relación lógica en el uso de ambos. La evocación comienza siempre con el verbo en imperfecto y la progresión dinámica del suceder determina el empleo del indefinido. Un ejemplo: en «Casi me amabas...» (páginas 77-79), comienza recordando:

Casi me *amabas*.

Sonreías, con tu gran pelo rubio donde la luz resbala hermosamente.

Ante tus manos el resplandor del día se *aplacaba* continuo,
dando distancia a tu cuerpo perfecto.

La transparencia alegre de la luz no *ofendía*,
pero *doraba* tu dulce claridad indemne.

Y sigue: Yo *llegaba*, un fondo marino te *rodeaba*. Al comenzar la narración de hechos se introduce el pretérito indefinido para dar una sensación temporal en espacio y marco ya definidos. A veces aparece el presente histórico con el cual dá intensidad y plasticidad a la escena. Concretando: el imperfecto tiene un empleo de evocación espacial y circunstancial; el indefinido, temporal.

El presente de indicativo es poco frecuente. *Casi* siempre se refiere a la vida real en el destierro del paraíso.

Los límites naturales de esta noticia no permiten referirse por extenso a aspectos diversos de una obra capital. Sería fructuosísimo un estudio de la adjetivación y sus posibles raíces subconscientes; un análisis de la relación instante—eternidad tan frecuente. Una clasificación de los poemas nos ofrecería un avance para comprensión estilística; la serenidad de la visión paradisiaca, la amargura del mundo real, y el contraste de ambos sentimientos en los poemas más intensos, «Destino trágico», «Padre mío».

Imprescindible y urgente un estudio de la métrica. Con «Sombra del Paraíso» el versículo adquiere carta de clasicidad, de modelo. No son lícitas ahora las negaciones. Aleixandre ha conseguido un ritmo acentual, dinámico y de intención que suele culminar en el final de los poemas. Los detractores de la versificación libre deben leer esta obra para disipar sus recelos, el versículo queda aquí emparentado con la irregularidad métrica y estréfica que remonta su origen, en nuestras letras, al anasílabismo del Mio Cid.

En una primera lectura es fácil la sospecha de que Aleixandre debe ser lector

constante y asiduo de la Biblia. Hay en su poesía una frescura y limpieza de primer día de la creación. Incluso expresiones

...y miré el mundo
y lo ví bueno...

recuerdan de cerca el decir bíblico. En el poema «No basta», trágico y sangrante grito del hombre solitario frente al «vacío desolador», hay un ritmo y una sucesión paralela a la narración de Moisés; recuérdese el versículo segundo, capítulo primero del Génesis.

Aquí quiere anotar; no es cierta, como se ha afirmado, la falta de preocupación religiosa en «Sombra del Paraíso»; poemas como «Destino de la carne» y «No basta» son suficientes para desmentirlo. (Próximamente y por más extenso he de referirme a tal cuestión.)

También Becquer—constante en la lírica actual—está presente. Observo la emergencia delicadísima de la Rima XXI:

¿Los poetas, preguntas?

leemos en «Los poetas» (págs. 81-85), para concluir en un susurro misterioso y vago, levisísimamente insinuator:

Tu preguntas, preguntas...

Ensamblando amor y dolor Vicente Aleixandre ha cantado con voz joven en una inmensa lengua profética un himno tan alto que alcanza la máxima estatura poética. Es el último—en el orden cronológico—eslabón de una cadena lírica en la que solo inscribimos tres nombres.

Cada nuevo libro ha abierto a Vicente, al decir de la crítica, las puertas de la eternidad. Así ya tiene concedidos dos sitios en el reino de la inmortalidad. Poco importan las apreciaciones de profesionales o de espíritus apegados a normas y cánones caducos, no por la acción detritica del tiempo, sino por el empuje vital del arte. Solo diré: «La destrucción o el amor» aseguró la continuidad de la voz de Aleixandre en un grupo de jóvenes arrebatados por el huracán de pasión que sacudía su poesía; «Sombra del Paraíso» le dá categoría de poeta universal al enfrentarle con el universo y extender su ámbito poético a todas las almas sensibles: apasionadas o gustadoras de la belleza a través de la serena emoción intelectual.

I. M.^a A. FERNANDEZ-CAÑEDO